

a la Acción Católica: os pedimos, ante todo, *que tengáis confianza en esta forma de apostolado de la Iglesia: no ha sido superada, no es sustituible*, para conservarse viva y eficaz, en sus mismas raíces interiores, en sus razones de ser, en su profunda inmersión en las fuentes de la verdad, de la liturgia y de la gracia; en su cohesión con la jerarquía, es decir con el plan de salvación instituido por Nuestro Señor; y encontraréis a vuestra Acción Católica viva y generosa, capaz de nueva vitalidad y de nuevo florecimiento”.

La Acción Católica tiene vitalidad propia y ella sola, bien organizada, bastaría para recristianizar el mundo sin necesidad de recurrir a sociedades anacrónicas y caducas, cualesquiera que estas sean, tal vez muy útiles en la Edad Media o en el patronalista siglo XIX, pero que ahora no responden a las inquietudes apostólicas del hombre de nuestro tiempo. Esto no significa de manera alguna que la Iglesia quiera acabar con esas instituciones donde las hay; al contrario, la jerarquía, por lo menos la chilena, jamás ha deseado destruir lo existente para organizar las nuevas obras de apostolado; se trata sólo de dar preferencia a la Acción Católica, debido a su positiva eficacia.

“El primer testimonio del apóstol, dijo el Arzobispado de Milán, será el de nuestra unión, de nuestro amor, de nuestra cohesión interior, cordial y social”. A propósito de la caridad, el actual Pontífice expresa que en la labor apostólica la tolerancia tiene su límite: “Nosotros vigilaremos para que nuestra actitud amorosa y respetuosa hacia los no católicos no degeneren *en indiferencia, en eclecticismo, en simpatía, en defeción*. Aun sucede esto a quien estudia el pensamiento de otros, a quien frecuenta una sociedad pagana, a quien se reviste de las costumbres del mundo para acercarse a él, a quien impulsa la tolerancia para con los disidentes hasta justificar su posición, a quien mantiene *un diálogo con los lejanos y ofende a los vecinos*, a quien cambia el hábito de sacerdote con la ropa del obrero, a quien habla de apertura para escaparse de la casa, no para buscar a los lejanos. Vigilaremos digo. Pero no olvidaremos que la posición fundamental de los católicos que quieren convertir al mundo es la de amarlo. *Esto es lo genial del apostolado: saber amar*”.

¡Qué maravilloso equilibrio el de nuestro Santísimo Padre el Papal! Debemos conquistar con el amor a nuestros enemigos, pero esa misma caridad nos prohíbe transigir con el error; antes al contrario, ella nos servirá para señalarles el camino de la Verdad; no olvidemos la frase de San Agustín: “La Verdad es la que vence, la caridad es el triunfo de la Verdad”.

Y basta por ahora, porque comentar todos los discursos del actual Papa es imposible en un artículo de prensa.

F. A. B.

<https://doi.org/10.29393/At403-26DJFA10026>

Don Judas Romero, de MIGUEL ANGEL PADILLA.

Nascimento. Santiago, 1963.

José Ortega y Gasset cree, con justa razón, que “la acción o trama no es la substancia de la novela, sino, al contrario, su armazón exterior, su mero

soporte mecánico. La esencia de lo novelesco —adviértase que me refiero tan sólo a la novela moderna, no está en lo que pasa, sino precisamente en lo que no es *pasar algo*, en el puro vivir, en el ser y el estar de los personajes, sobre todo en su conjunto o ambiente. Una prueba indirecta de ello puede encontrarse en el hecho de que no solemos recordar de las mejores novelas los sucesos, las peripecias porque han pasado sus figuras, sino sólo a éstas, y citarnos el título de ciertos libros, equivale a nombrarnos una ciudad donde hemos vivido algún tiempo; al punto rememoramos un clima, un olor peculiar de la urbe; un tono general de las gentes y un ritmo típico de existencia”.

Miguel Angel Padilla en su novela *Don Judas Romero*, tal vez sin intención preconcebida, se ajusta al pensamiento del filósofo hispano y por lo mismo ha resultado espléndida. El autor sólo ha querido referirnos la vida y costumbres de una hacienda del Sur de Chile, de la frontera de la provincia de Cautín, tema que aún no había sido tratado por nuestros novelistas. En su relato fuerte, vibrante, sencillo, se destacan tres personajes camperos bien definidos; no es ésta una novela de tesis en la cual Padilla hubiese querido dilucidar problemas religiosos, sociales y políticos.

*Don Judas Romero* es un cuadro típico de costumbres campesinas de una época ya pretérita y ella pasará a la Historia de la Literatura nacional y americana como una de esas novelas clásicas, entre las cuales están en primera línea: *Don Segundo Sombra*, del argentino Güiraldes; *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos, *La Vorágine*, de Eustasio Rivera; *Gran Señor y Rajadiablos*, de Eduardo Barrios, y *El mundo es ancho y ajeno*, de Ciro Alegría. José Ortega y Gasset, cuando fustiga las novelas de tesis, expresa que “las artes se vengan de todo el que quiere ser con ellas más artista, haciendo que su obra no llegue siquiera a ser artística”. No parece compartir esta opinión Fernando Alegría, agudo y certero crítico de las letras chilenas de nuestro siglo, quien dice en su última obra: *Las fronteras del realismo*: “Hemos de salvar nuestra novela cortándole sus amarras con el geografismo botánico y zoológico de las pasadas generaciones costumbristas. Hemos de llevarla al plano de las grandes ideas, de los problemas del hombre moderno, de los ambientes complejos de nuestras ciudades, y no sólo de nuestros campos y montañas; en contacto con el pensamiento internacional para que contribuya con un caudal humano e ideológico propio a dilucidar el destino del hombre en el mundo contemporáneo” (págs. 241-242). Tal vez esto sería invadir el campo del Ensayo.

Miguel Angel Padilla es un hombre sin antecedentes ni genealogía literaria, pero posee una gran personalidad y ella reverbera en la novela; para quienes conocen a su autor en el sur de Chile, donde posee grandes fincas, *Don Judas Romero* no es una revelación sino la mejor y fehaciente prueba del talento creador y dinamismo del hacendado que hacía gozar, con su repertorio de anécdotas, al chilénísimo don Arturo Alessandri Palma; Padilla fue también militar y puede ser el mismo “Coronel Montiel”, dueño de la hacienda “Traipó”, amplio y panorámico escenario de *Don Judas Romero*, en la frontera de la provincia de Cutín, desde donde se domina el volcán

Llaima "blanco, altísimo, vestido con el manto de nieve del invierno" (pág. 20).

El Coronel Montiel tenía entregado su feudo a tres personas de confianza: un tal Silva, como administrador; Miguel Romero y Blanco, alias *Don Judas Romero*, a cargo de la cría de caballos chilenos, y doña Juana, la dueña de casa, "invitada por el Comandante Montiel para hacer de madre, tutora, consejera y cuidadora de Marcos (hijo del patrón), quien por prescripción médica, vino a la hacienda a pasar una temporada en un clima de aire puro, y fue quedándose cada vez más tiempo; doña Juana corrió la misma suerte del muchacho y ambos fincaron definitivamente allí" (pág. 22). Estos son los personajes principales de la novela, cuyos retratos están trazados con la maestría de quien conoce a fondo no sólo al hombre de campo, sino también los poderosos recursos del idioma castellano.

Comienza la obra con una poética descripción del paisaje donde está ubicada la finca y en seguida, sin más preámbulo, entra a narrar el autor los tipos y costumbres de aquella región con una facilidad asombrosa; nada escapa al agudo espíritu observador del novelista: Los hombres, las cosas, las fiestas, las devociones, el trabajo; todo aparece en estas páginas coloreado por un lenguaje vivo, rápido, chispeante y dicharachero. Padilla tiene un estilo muy ágil y liviano, aunque a veces no exento de ampulosidad; la lectura de las 308 páginas se hace rápidamente y muchas veces lamentamos suspenderla, requerido por ocupaciones superiores de nuestro ministerio pastoral. El autor sabe darle a la frase esa plasticidad deleitosa que no sólo produce agrado sino embeleso.

Narradores tan diestros como Padilla no abundan en la literatura vernácula; podría comparársele tal vez con Eduardo Barrios en *Gran Señor y Rajadiablos*, novela también de costumbres campesinas, pero de un carácter muy distinto. Los diálogos de *Don Judas Romero* son rápidos, vibrantes y de mucha naturalidad. Los retratos de Silva, don Judas Romero y otros, están plenamente logrados; las cuecas, las riñas y la carrera de caballos de Lonquimay son tan vivas que al lector le parece participar en ellas, y qué decir de ese espectacular y esforzado arreo anual, con todas sus peripecias. Del héroe principal dice: "En lo físico era todo un tipo. Tenía unas mandíbulas fuertes y la cara como de cuero curtido, de color ya no rojizo, sino más bien de ese morado oscuro de las berenjenas. La nariz ganchuda y el bigote retinto, largo y caído por las comisuras de los labios, sin llegar a taparle los dientes grandes y caballunos, sanos, blanquísimos. Debía tener algo de sangre india, porque no había ni una cana en su cabello, que usaba como una melena. Eso lo comentaba Silva, irónicamente, cuando lo apodaba don Judas Romero".

"Algo debe taparse en la nuca éste cuando se deja las chascas tan largas. ¡A lo mejor tiene pelada la coronilla, pero pelo tan negro de hojas de nogal ha de ser!" (pág. 69). La identidad de Don Judas Romero no se aclara en la novela: las malas lenguas de la región decían que era sacerdote y había "colgado" el hábito talar y otros pensaban que sólo había estudiado "pa cura".

Como señala el autor en el preámbulo del libro, él no se hace responsable del lenguaje "un tanto descomedido y las opiniones poco ortodoxas de los personajes que figuran en este relato. En cuanto a la manera que estropean el castellano, son ellos los únicos y exclusivos responsables". No hay duda de que el lenguaje en algunas páginas es procaz y a veces hasta soez y hubiéramos preferido mayor pulcritud, pero paciencia, así habla el hombre de campo.

En cuanto al idioma español, Padilla conoce sus íntimos secretos y tiene un estilo castizo, salvo cuando lo pone en boca de los huasos. En este sentido lo único reprochable, fuera de lo que ya dijimos, sería el uso, o mejor el abuso, del galicismo "ancestro", en lugar del adjetivo "atávico", que es sin duda más propio y elegante.

Los ataques a la religión católica y al origen del hombre, proferidos por Don Judas Romero en sus conversaciones con Marcos Montiel, son duramente rebatidos por el administrador Silva: "—¿Usted cree, señor Silva, que los hombres descienden de los monos, como dice don Miguel (Don Judas)?"

"Silva paró el caballo y dejó de mascar una ramita de pasto".

"¿De los monos? ¡No, hombre, por Dios! ¿Cómo se le ocurre a ese viejo demente decirte semejantes tonterías? ¡No creas eso! Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza y le dio alma y espíritu; si no, sería un puro animal no más. El hombre debe ser honrado, tener ideales, ser un buen soldado, tiene que decir la verdad, trabajar y tener el espíritu puro. Eso quiere Dios que sea. Que tenga honor y decencia. Así debe ser un soldado de caballería. Al maldito viejo bribón y renegado del Romero, le falta un perno en el motor de la cabeza. ¿Cómo se le ocurre decirte esas cosas tan tontas? No le creas nada, ni en lo que reza; ese es un viejo maula. Cree que todo lo sabe y habla p'al mundo; eso sí, pa' hablar tiene harta labia, pero son puras guías y zapa-llos ná. Hace más caso de lo que te enseñe el preceptor. No le escuches al viejo Romero que es un puro hablantín y coilero. ¿De los monos? El puede que sea un hijo de mono, el viejo tunante" (págs. 102 y 103).

El mayor mérito de *Don Judas Romero* es haber explorado tan a lo vivo esa rica tierra de la zona fronteriza de Cautín.

F. A. B.

*Eliot el hombre, no el viejo gato*, de ESPERANZA AGUILAR

El jurado otorgó el Premio Municipal de Ensayo de 1963 a un estudio realizado en el Centro de Investigaciones de Literatura Comparada de la Universidad de Chile y, por curiosa y simpática coincidencia, el año anterior lo obtuvo el Director, Roque Esteban Scarpa, con su universalmente celebrado trabajo sobre Thomas Mann; esta vez le fue concedido, también por unanimidad, a Esperanza Aguilar, auxiliar del laborioso y afamado Instituto y ayudanta del profesor Scarpa, cuando él regentó la cátedra de Literatura Comparada en la Universidad Católica. Ambos ejercían allí el magisterio docente por especial vocación y gran cariño al establecimiento, donde tan prestigiosos y experimentados maestros gozaron invariablemente del mayor respeto y admiración de sus discípulos. Al retirarse de la Universidad, Esperanza Aguilar disertaba en su clase sobre Thomas Eliot.